

EL DÍA QUE LLOVIERON RANAS

IDA VITALE



Sucedió entre 1936 y 1946, en la década que empezó para mí con el traslado a aquella planta alta con una escalera de cancel ruidoso y gran balcón que abarcaba dos habitaciones. Tanto ese, como el que correspondía a una más pequeña, daban sobre calle principal, por aquellos tiempos con tranvías que hacían resonar todos los vidrios. Adolecí en aquella casa: llegué a la edad melancólica entre sus paredes ocre y altas, la buscada penumbra de los cuartos y la enorme claraboya, benigna en los días hermosos de la primavera y del otoño, pero sensible en exceso a los rigores extremos de las demás estaciones. Cuando llovía con viento, el agua resbalaba por las paredes formando lenguas oscuras; al secarse, dejaba sobre el desdichado color de origen manchas claras con orlas castañas definitivas. Testimonios de esa lluvia, esperaban la siguiente para ir trazando a todo lo alto del patio un festón delator que mirábamos crecer deprimidos: estropeaba la pintura reciente y advertía sobre la inutilidad de pensar en un retoque futuro.

En el segundo invierno pasado en aquella casa —me parece— una insólita granizada rompió muchos de los gruesos vidrios rayados. En cama con un resfrío, recibí en un plato unas piedras de hielo que desbordaban de mi mano, traídas por mi padre. Los demás corrían muebles y quitaban alfombras para salvarlos de la lluvia que bajaba ya en libertad. Recuerdo que entraron a mi cuarto una mesita de bronce redonda, por cuyo lustre se velaba, breve sol al que podía opacar, como al otro, la lluvia que proseguía, fascinada sin duda por esa oportunidad única de fisgonear en el interior de las casas. El granizo no se repitió, que yo sepa, de tan abusiva manera. Habían bastado minutos para producir una catástrofe que llevaría meses reparar. Sólo las casas modernas y los apartamentos, que empezaban a abundar, se salvaban de las claraboyas, fórmula arquitectónica que Europa nos legó junto con la arraigada idea de nuestra amenidad climática. Todas las de Montevideo habían sufrido la misma agresión y las vidrierías, hechas al calmado ritmo de una ciudad sin urgencias, no daban abasto. Fue un buen año para todos los males favorecidos por la humedad y el frío.

Aunque la familia había disfrutado siempre de jardines, con esa mudanza pasaban a las macetas de hele-

chos, de calagualas, de begonias, de ciclámenes. Aquellos no tenían flores, estos pronto las perdían, otras especies ignoraban la fórmula de reposición de las suyas, quizás por estar privados del auxilio de las abejas polinizadoras. También existían y se multiplicaban las aspidistras, pero ya de ellas he hablado en otra parte y es suficiente para las malas relaciones que tenemos. Mis plantas preferidas solían durar poco. Supongo que a nuestro microclima le faltaban las virtudes de un invernadero. Yo había conocido el de mi abuelo materno, reino de una vegetación que ya no puedo adivinar, para mis cuatro o cinco años un bosque que se alzaba a un metro del piso, con arcos verdes enlazados muy por encima de mí. Flores no recuerdo. Sí un olor inolvidable, íntimo, extraña sensualidad de la tierra húmeda, nutrida, agasajada. Y la urdimbre de las raicillas de los helechos, con sus frutos verdgrisáceos, como uvas opacas, que escapaban de los tiestos y que no me dejaban comer, claro. Si hoy dispusiera de casa con azotea, me habría hecho construir uno, pequeño al menos, para tener un cuidado asilo para plantas de bien.

Quiero que se observe la nitidez de mis recuerdos. Si me viera forzada a una hazaña homérica podría extenderme en la descripción, como de un frágil escudo de Aquiles, de las escenas trazadas sobre un gran tabor. Recibía a los que triunfaban de la excesiva escalera sobre un banquito también chino, que hubiera sido más cortés reservar a los ascensionistas. El jarrón chino me gustaba mucho. Me ofrecía las ilustraciones que no tenía el *Tit-Bits*, revista inglesa, no sé si traducida en España o en Argentina —me inclino a suponer lo primero—, que llegaba para mí, según decían, aunque la acaparaban lectores previos, antes que pudiera hacerme de ella. No estoy segura de que yo la leyera de cabo a rabo. O no todo era para mi edad o ya estaba mal acostumbrada a vehículos más nuevos que aquel *tabloid* carente de atractivos visuales, a dos o tres columnas y en tipos mínimos, que contenía ¿Dickens, Walter Scott? Debo averiguarlo. Ya tarde disculpo a los adultos interceptores. Valéry Larbaud, en carta a un amigo, celebra el envío de unos ejemplares que le faltaban, con tanto entusiasmo como cuando le agradece a Alfonso Reyes los modelos de soldaditos de plomo que le envía. Pero los niños no siempre entienden.

Puedo seguir recordando cosas, abrir el aparador, ahora que no me oyen. Pero no tengo ganas de buscar ninguna de las tentaciones dulces que sólo lo son para mí y que los adultos a veces olvidan, pese a que, terminada la cena, hago un silencio cargado de un único mensaje. Todavía no he oído hablar de la transmisión del pensamiento, pero Newton sin manzana, Arquímedes sin baño, eso es lo que intento. La familia está por lo común absorta en el comentario de alguna ridícula incidencia del día o en el informativo de la radio. Si éste se refiere a la guerra de España, provoca el despliegue de un mapa y un movimiento de banderitas que los entristece, solaz para mí un tanto raro. Está poco predisuelta, pues, a recibir mi mensaje. Pero aunque me interesan las golosinas que suele guardar el mastodonte de nogal, también me gusta mirar el mermado servicio de Limoges, que ha elegido Murillos para sus medallones, quizás porque con sus azules profundos y sus oros, va bien la gama de castaños oscuros en que se dan estos mendigos, con uvas o sin ellas. O una frutera de miel barroca y tornasol. O una bandeja oval, con ciruelas azules que sólo se emplea para llevar las dos tacitas de café, incongruente con las ciruelas, que a veces me encomiendan servir.

En fin, estos son rodeos cuando lo que quiero es hablar del día que llovieron ranas. Alguien pensará que intento aplicar la fórmula, bastante obvia, de Merimée: dar a los personajes una realidad minuciosa para instalar al lector sin sobresaltos en lo fantástico. No. Observarán que no introduzco personajes, apenas sombras de fantasmas. Nada más lejos de mi propósito que asomarme a los territorios de lo real maravilloso. Quiero, sí, señalar que recuerdo ese tiempo, la casa, sus cosas, con precisión. Dejo anotado, más bien para mí misma y para ser estricta en algún otro momento, que los objetos, sus colores, sus formas, sus lugares, se me han grabado siempre más que las palabras, aunque éstas, escritas, adquieran más entidad.

Entonces, vuelvo a mi tema. Se diría que en esos años llovía mucho. O que yo recuerdo obsesivamente los días de lluvia. Algo debían tener de distinto. Quizás se transmitían una cierta electricidad. También puede suceder que, siendo el pasado lo perdido irrecuperable, es decir, lo triste por excelencia, y siendo la lluvia buena conductora de tristeza, lluvia y pasado tiendan a superponerse en el inconsciente mientras no llega la sensatez a decirnos que los tiempos, si dejamos de lado los de la formación del mundo, nunca han estado hechos de pura lluvia, al menos en mi país. Todo debe haber comenzado un sábado o un domingo. Quizás fue en las vacaciones de invierno. Después del desayuno, bajé a una compra. Abrí el cancel y vi algo pequeño, verdoso, pálido. El mandado quedó postergado. Primero había que cazar aquello. Su-

pongo que se lo mostré a alguien para compartir el descubrimiento. Dejándolo en una planta, fui a cumplir con lo que me hubiesen encargado. Pero antes de llegar a la puerta había encontrado tres o cuatro ranitas más que subí a depositar junto a la primera. Después sí, salí. Regresé con la noticia de que la calle pululaba de ranas. En la escalera mis adoptadas ya habían tenido reemplazantes. Dejé abierto el cancel y al rato colocaba batracios múltiples en todas las plantas. Me parecía que no podía ofrecerles un hábitat mejor. Pero eran aventureros. Se movían por las paredes y debíamos tener cuidado al caminar. El patio tenía baldosas con dibujos ocres y verdes, pero el pasillo, al que daban el comedor, la cocina, un dormitorio, el baño, las tenía de vidrio grueso, por ser casa de altos. Las ranitas preferían, con riesgo de su vida, el pasillo, contrariando las virtudes de la función mimética. Aquella invasión duró varios días, durante los cuales caminar por la casa era una responsabilidad. Pero los bichitos no se renovaron. Como todo en la vida, vinieron a menos. Poco a poco empalidecieron. El tercer o cuarto día no había dudas de que se secaban. Adquirían un tono amarillento, aun puestas sobre las dichosas aspidistras, oscuramente verdes.

Alguna vez recordé esta invasión a causa de ranas frente a contemporáneos rigurosos. Observé un llamado escepticismo. ¿Eran menos observadores, más olvidadizos? ¿Acaso el Cordón, barrio más alejado del mar que otros, había sido teatro exclusivo de un episodio, que según la general extrañeza, era tenido por fantástico? Clasifiqué las miradas, de pronto fijas en un punto real del aire, como iguales a las que se proyectan cuando se habla de parapsicología, ese otro dislate.

Pasaron años. Hace mucho que mis posibles testigos ya no son de este mundo. Convenía olvidar el tema de la lluvia de ranas, teñido de la misma vidriosidad bíblica que el paso del mar Rojo o que la caída del maná, como un sueño que nos inventamos en todas sus partes coherentes pero irracionales. Pero leemos, de pronto para crear generosamente en lo que inventan los pasados ajenos. Y así encuentro en *La historia verdadera del señor Arenander*, extraña y perturbadora, de Lars Gustafsson, sueco: *¿...fenómenos naturales poco pertinentes tales como los viejos relatos de tormentas tropicales o curiosidades meteorológicas de otros tiempos? Madagascar: lluvia de sangre, en 1897. Copos de nieve grandes como platos de sopa, caídos en Wisconsin en 1908. Una tempestad que acarrea ranas vivas sobre la isla Mauricio: siglo XVIII.* Y vuelvo a ver con flagrante evidencia mis modestas ranitas, su consistencia de ligero pergamino verdoso, tan reales como esas fresas silvestres, rojamente tentadoras por fuera, que una vez mordidas, carecen de perfume y de sabor, como decoraciones artificiales de sequisimo algodón. ■